



EL
ALETEO
DE LA
MARIPOSA

UN THRILLER POLICÍACO

LUIS A. SANTAMARÍA

Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la
transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier
medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del
copyright.

Autor: Luis A. Santamaría
Diseño de cubierta: Luis A. Santamaría
Imagen de cubierta: Andreiuc88, Shutterstock

ISBN: 9781791325213
Fecha de edición: marzo de 2016

www.luisalbertosantamaria.com

Parte 2

EL ALETEO DE LA MARIPOSA

Novela de

Luis A. Santamaría

La teoría del caos establece el «efecto mariposa» en base al siguiente proverbio chino:

El simple aleteo de una mariposa puede cambiar el mundo.

Cierto día del verano de 2006, cuando el pequeño Oli se atrevió a husmear en los resultados médicos de sus padres, una mariposa cualquiera apareció de la nada, y, sin ningún motivo aparente, batió sus alas.

Prólogo

Se despertó, abriendo los ojos en una fina línea, e inmediatamente después sonó el teléfono. O quizá fuera el irritante timbre lo que le hizo desvelarse. En cualquier caso, se sorprendió a sí mismo recostado sobre el sofá de cuero de su salón. Llevaba puesto un traje negro y unos zapatos a juego, el mismo atuendo que llevaba el día anterior. Hacía calor.

No podía recordar con claridad lo sucedido en las últimas horas, pero se alegró de encontrarse en casa. El último dato que su memoria registraba era que ya había anochecido cuando salió del piso, y un vaso de Jack Daniel's sobre la barra de algún bar constituía la única pista que podía ayudar a reconstruir la velada. Ese solitario recuerdo hizo que fijara su atención en una botella de cristal vacía que, frente a sus ojos mareados, reposaba borrosa sobre la mesita delante del sofá.

Suspiró.

Tenía los párpados casi cerrados, pues estaba convencido de que si los abría del todo, sufriría potentes dolores de cabeza. Intentó moverse, pero tenía el brazo izquierdo dormido y no le respondía; se había quedado dormido sobre él. Sintió un incómodo cosquilleo en la punta de los dedos cuando por fin lo liberó con un forzado movimiento de rotación. Después separó con lentitud la oreja izquierda del cuero negro, dejando

a la vista la huella que su propia babilla había dejado sobre el cojín. Sentía un sabor metálico en la boca, y una incómoda masa pastosa le impedía salivar. Decidió que lo primero que haría tras atender la llamada telefónica sería lavarse los dientes. Se incorporó con dificultad, y tras un *fuck* y un par de *shit*, descolgó el teléfono con un simple *hello*.

—Soy Carroll. —El llamante hablaba en perfecto inglés. Acto seguido, una pausa—. Espero no haberte despertado.

El hombre miró a su alrededor, desorientado y con una incipiente jaqueca. Aún era de noche. La poca luz procedente de las farolas exteriores se colaba por el cristal de la ventana, descubriendo parte del mueble de estanterías. Un fuerte enfado, seguido de una extraña sensación de agobio e impotencia, le sobrevinieron cuando siguió con la mirada el haz de claridad. «Desorden» no era la palabra adecuada para definir lo que vio. Las decenas de libros y discos compactos, los trofeos de tenis que había acumulado a lo largo de sus años de adolescencia y un par de jarrones modernos que, si bien no valían una fortuna, tenían un alto valor sentimental, se hallaban esparcidos por el suelo. Estaban amontonados, abollados y hechos pedazos. Si hubiera seguido analizando la habitación, habría encontrado también un impacto en el centro de su televisor último modelo que resquebrajaba las cuarenta y seis pulgadas prácticamente en su totalidad. En un movimiento instintivo se llevó la mano a la parte de atrás de la cintura, donde solía llevar encajada su pistola. Se sobresaltó al palpar el vacío en la funda del arma, y suspiró aliviado cuando la encontró posada sobre la mesita, a unos centímetros de la botella de *whisky*. Era una Hekler Koch Compact, un arma de casi 700 gramos con el cargador preparado para balas Parabellum de 9 milímetros. Ligera, fría y manejable. No recordaba haberla puesto ahí, y eso era extraño,

pues se había acostumbrado a ser consciente de ella en todo momento.

Frunció el ceño.

—¿Agente? —insistió la voz.

—¿Qué cojones quieres a estas horas, Tom?

—Siento haberte despertado en tu día libre, pero ha ocurrido algo esta noche.

Su día libre. Se suponía que esas palabras significaban algo bueno. La gente solía aprovecharlas para hacer excursiones al campo con sus familias, ir a cenar al centro con sus parejas, jugar al fútbol con sus hijos o, si hacía buen tiempo, quizá disfrutar de una grasienta y calórica barbacoa con los vecinos. Él, sin embargo, tenía otra clase de planes. Dormiría hasta tarde, puede que hasta las 14 o las 15 horas. Después *desayunaría* un *whisky* con hielo mientras disfrutaba del partido de Andy Murray por televisión. El día terminaría con la visita de Ania que, como cada vez que él lo requería, compensaría su día libre de mierda con un tórrido y salvaje ejercicio de sexo sobre la moqueta del dormitorio, yendo ambos hasta arriba de champán.

Pero Carroll había llamado, algo había ocurrido esa noche. Algo serio, pensaba el detective sin dejar de observar la estantería, que sin duda iba a desbaratar su día libre.

—¿Me estás escuchando? —insistió la voz tras el auricular.

—Tom, ¿qué dices que ha sucedido?

—Creo que deberías verlo con tus propios ojos. —La voz de Thomas Carroll sonaba temblorosa al otro lado del teléfono—. Cowley Road, número 219. Dios mío...

—Está bien, no pierdas la calma. Me cambio en un segundo y salgo echando leches para allí. Solo dime qué debo esperarme, ponme un poco en anteced...

No pudo terminó frase. Durante la conversación, había

estado notando escozor en la zona del antebrazo derecho. En realidad lo había estado notando desde que despertó. En un acto instintivo, se llevó la otra mano a la zona del picor para remangarse y rascarse. Fue entonces cuando palpó que algo pegajoso le cubría la piel. Se quedó atónito con lo que vio, y entendió que su malestar no se debía tan solo a la resaca: tres profundos arañazos le recorrían el brazo, desde el codo hasta la muñeca. Y a juzgar por el color amoratado al que estaba tornando la piel ensangrentada, estaban empezando a infectarse.

«Pero qué coño...»

—Se ha cometido un terrible asesinato esta noche —sentenció Carroll.

El detective tragó saliva.

Tras despedirse con la promesa de que se plantaría allí *as soon as possible*, colgó el teléfono y se incorporó del sofá. Aturdido, observó la cerradura de la puerta principal: parecía estar intacta. Después caminó a través del pasillo de su casa ayudándose de las propias paredes. Alcanzó el cuarto de baño, y al examinar su aspecto frente al espejo empezó a sudar. Tuvo que sentarse sobre el retrete para controlar los mareos que estaban empezando a dominarle. Tenía el labio ligeramente agrietado (de ahí que sintiera la boca tan pastosa), y algunas manchas de sangre seca ensuciaban la barbilla, el cuello, y buena parte de la camisa.

Alguien, lo más probable un profesional, había entrado en la casa por la noche destrozando el mobiliario, drogándole y propinándole una buena paliza. Y lo peor de todo, lo que más lo atormentaba, era que no se acordaba absolutamente de nada. Por un insignificante instante, el agente sintió pánico.

Capítulo 1

—¿Cree que algún día me dejarán salir de este lugar, Morgan?

—Eso espero, doctor. Si fuera yo, no soportaría la idea de morirme entre estas cuatro paredes. Tengo demasiadas cosas maravillosas en el mundo exterior.

—¿De veras? ¿Qué tiene en ese *mundo exterior* suyo que sea tan valioso?

—Pues mi mujer, a la que adoro, y mis dos hijos, Benjamin y África, que son mi razón para levantarme cada día.

—Entiendo.

—¿A qué viene esa cara, Salas? ¿Acaso no tiene usted nada en el exterior?

—No mucho, para ser sincero.

—¿No tiene usted hijos?

—Venga, vayamos a dar un paseo. Hace un día espléndido.

—¿Por qué no quiere responderme? Se está yendo por peteneras conmigo y no lo soporto, ya lo sabe. ¿Tiene hijos o no?

—Insisto, salgamos fuera y caminemos. Tengo el presentimiento de que este va a ser un gran día.

Lunes 6 de noviembre de 2006

El juez José Miguel Callejo se llevó las gafas a unos centímetros de la boca y dejó escapar una bocanada de aire caliente. Mientras limpiaba los cristales con minuciosidad, observó al hombre con gabardina que se hallaba sentado a su derecha, en diagonal. Su mirada se concentraba en los formularios que tenía sobre la mesa y, con un ceño permanentemente torcido, hacía intuir una personalidad tosca y con nulo sentido del humor. El doctor Grau se le había presentado hacía poco más de media hora con un escueto «hola, qué hay», justo antes de tomar asiento en su lugar correspondiente de la sala, y no le había vuelto a dirigir la mirada. Callejo le echaba unos cincuenta años, aunque bien podía ser un joven de cuarenta amargado por su propio ego, o un anciano cuyo pelo moreno y abultado le quitaba quince años de encima. Bajo la gabardina se dejaba entrever un estiloso traje azul marino complementado por una corbata del mismo color.

Concentrado en este examen visual se encontraba el juez cuando fue cazado por el doctor, que le lanzó tal mirada que hizo que volviera la cabeza por instinto.

Después apoyó las gafas sobre la punta de la nariz y fingió leer los papeles que tenía delante. Pero los pensamientos que en realidad ocupaban su mente estaban todos relacionados con la misma fecha: el pasado 12 de octubre. Hasta aquel maldito día había disfrutado de algunos meses tranquilos en la comarca, sin más ocupaciones laborales que algún inocente juego de tráfico de drogas entre menores de edad, un par de casos de violencia de género, y algún intento de robo felizmente resuelto por la Guardia Civil. Todo cambió, sin embargo, cuando ese tal Charly, el manco que regentaba en Ámbar aquel garito de

dudosa legalidad, fue cazado con la polla fuera del pantalón y las manos en las tetas de esa pobre chiquilla. El caso estuvo cerrado en menos de veinticuatro horas. La joven denunció el intento de violación y la sabandija del muñón fue obligada a abandonar el pueblo hasta que se celebrara el juicio que lo llevaría directo a la cárcel. Un éxito de la justicia y otra medalla más para el juez Callejo. Pero el día 12 ocurrieron una serie de imprevistos. El hombre que había ayudado a impedir que la joven fuera violada fue encontrado muerto en la playa debido a, según lo que había llegado a los oídos del juez, un derrame cerebral. Y cuál fue su sorpresa cuando dos días después, tras el funeral, el suegro del fallecido fue denunciado, ¡por su propia hija!

Callejo dio un sorbo al café que acababa de sacar de la máquina y fijó la mirada en el infinito.

Al parecer, el suegro, un prestigioso médico jubilado, había falsificado el diagnóstico para ocultar la enfermedad de su yerno, Dios sabía con qué propósito. ¡Un caso tan surrealista como este no se daba todos los días!, pensó el juez entonces, y lo seguía pensando ahora. Todo hubiera resultado un divertido desafío si la acusación de la viuda no hubiera venido apoyada por un testimonio de la doctora que había sido víctima de la mentira del anciano y sus falsos diagnósticos. La chica se llamaba Sara Mora, y resultó ser la misma que había denunciado el intento de violación del desgraciado de Charly menos de una semana antes. Demasiadas coincidencias. De esas de las que a lo largo de muchos años al servicio de la ley había aprendido a desconfiar.

Y aún faltaba lo mejor. La guinda del pastel. El juez Callejo recordaba estar a punto de salir por la puerta de su casa, camino de su despacho, cuando recibió una llamada urgente del propio

cuartel de la Guardia Civil: Charly había sido encontrado muerto a los pies del acantilado. Encontraron restos de sus sesos esparcidos entre las rocas.

La puerta del recinto se abrió, y una agradable señora de gesto sereno entró acompañada de un ujier, quien amablemente la invitó a tomar asiento en la silla que ocupaba, solitaria, el centro de la sala.

A José Miguel Callejo había algo que no le cuadraba. Charly se había suicidado y el extraño caso del doctor chiflado iba a resolverse esa misma tarde. No obstante, todo resultaba tan bien conectado, tan sencillo, que lo inquietaba. Decidió que en cuanto terminara la citación que estaba a punto de empezar movería algunos hilos.

—Doña Violeta, por favor, póngase cómoda —se dirigió a la mujer con un potente tono de voz—. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. No le robaremos mucho tiempo.

Sara Mora dedicó todo el viaje a mirar con nostalgia por la ventanilla, primero del tren, más tarde del avión, y ahora, del autobús. Sentía que llevaba el día entero viajando, y en realidad, entre trayectos, trasbordos y tediosas esperas, así había sido. Le costaba acostumbrarse a la enrevesada manera que tenían los ingleses de conducir por la izquierda, y en cada rotonda, cuando el vehículo giraba en el sentido de las agujas del reloj y no al revés, creía sufrir un micro infarto en el corazón. El paisaje había sido regular desde que saliera de Londres: praderas verdes, colinas verdes... verde, verde, y más verde. La joven doctora observaba embelesada la hermosura de la Gran Bretaña, y por primera vez en todo el trayecto se convenció de que

podría ser un viaje sin retorno. Le agradó la idea, hecho que la sorprendió. Echó un vistazo a su reloj para comprobar que no faltaba mucho para llegar.

Tenía el ordenador portátil abierto y encendido sobre las rodillas. Una copia en formato «pdf» de la portada de El Diario Montañés, noticiero local de la provincia cántabra, ocupaba la pantalla. Sara había estado divagando durante gran parte del viaje en torno a la misma noticia:

SUCESIÓN DE TRAGEDIAS EN ÁMBAR

Bajo el titular aparecían publicadas cuatro fotografías en primer plano de Charly, Alfonso, el doctor Salas, y ella misma, en ese orden. «¿De dónde demonios habrá sacado esta gentuza una imagen mía?» La noticia era extensa, y resumía con bastante detalle (y algún que otro sensacionalismo inventado) lo acontecido durante la semana fatídica en la localidad norteña. Sara odió que se la hubiera señalado como «*pobre joven cuyo salvaje intento de violación sin duda tardará en superar*», aunque reconoció que por lo menos habían tenido la decencia de apuntar su «*brillante carrera en el mundo de la neurocirugía*». Además, según ella, la publicación era demasiado bondadosa con Salas y el tullido, a quienes se calificaba de «*ingenioso calculador*» y «*enfermo mental*», respectivamente.

Cerró el portátil con rabia y lanzó un soplido al aire.

Sentado a su izquierda, un hombre obeso y de piel rosácea dormía inclinado hacia ella. *Porky*, como decidió bautizarle Sara por motivos obvios, roncaba tan fuerte que en ocasiones parecía que se iba a ahogar. La joven deseaba llegar a la estación para perderle de vista, pero hasta entonces debía distraerse. Con cuidado de no despertar al enorme gorrino, se inclinó para

guardar el ordenador y extraer un cuaderno y un bolígrafo del bolso que llevaba a sus pies. Se detuvo unos segundos mirando a la hoja en blanco, hizo «clic» con el bolígrafo y lanzó un suspiro nervioso. Acto seguido comenzó a escribir:

Diana,

Escribo desde el autobús. Son las ocho y media de la tarde, y creo que debo de estar a punto de llegar. Estoy agotada, pero el largo viaje ha merecido la pena, ¡qué bonito es esto! Siempre se dice que el clima en Inglaterra se basa en la lluvia, el frío y la niebla (deberías ver mi maleta, parece la de un esquimal), pero hoy hace un día espléndido. Era muy, muy temprano cuando he salido de Ámbar, y el tren que me ha llevado a Madrid ha tardado más de cinco horas. He aprovechado para desayunar en la cafetería que tenían instalada en uno de los vagones, aunque el café era difícil de digerir y apenas tenían bollería; me he contentado con un Donut que estaba... ¡duro como una piedra! He ido casi todo el viaje dormida, y cuando he llegado a Madrid estaba lloviendo sin parar. Después casi me pierdo en el metro. Pensaba que llegaría tarde a coger el avión, pero finalmente ha salido con retraso, así que...

Se detuvo, releyó su propio texto, y tachó las últimas frases, decidiendo que a Diana no le interesarían en absoluto los detalles de su aburrido día.

«¡Céntrate, Sara!», se regañó.

Era obvio que estaba nerviosa. La caligrafía era enérgica e imperfecta. Entre frase y frase tomaba aire, excitada, para después continuar.

He estado mal, Diana. Durante este último mes me han ocurrido ciertas cosas de las que me voy recuperando poco a poco, ya lo sabes. No le he contado a nadie, salvo a ti, por supuesto, lo del intento de violación. —A la joven le tembló la mano—. Como te conté en la última carta, mi violador se tiró por el acantilado. Sin embargo mis pesadillas no cesan, más bien todo lo contrario. En ocasiones me despierto de madrugada, con el cuerpo empapado de sudor, convencida de que el manco de ojos extraños está debajo de la cama. Que ha sobrevivido y ha vuelto para terminar su trabajo conmigo. Sé que es una estupidez. No quiero terminar en un psiquiátrico, tengo fe en que este viaje me ayudará a reencontrar la paz. A veces tengo miedo de mí misma, de cometer alguna locura.

Y hablando de médicos, está el otro tema. El doctor Salas de las narices. El muy capullo me traicionó, nos traicionó a todos. Merece pagar por lo que hizo. Me obligó a fracasar en mi diagnóstico y a mentir a toda una familia, a una amiga. ¡Me siento tan responsable! Verónica solicitó mi ayuda el otro día, como testigo directo y víctima principal, para denunciar a su padre. Es muy duro todo lo que está pasando en esa familia, pero el viejo merece pagar. No soy una persona rencorosa, pero ayudé a Verónica y testifiqué contra él. Era lo que el corazón me pedía, hice lo correcto. Creo que va a ser juzgado.

Una lágrima recorrió el pómulos de la joven y se vio obligada a detener la redacción. Tras concederse medio minuto, se sonó los mocos y se calmó.

Por fin ha llegado el día. Dentro de unos minutos pisaré

el suelo de esta ciudad y empezaré una nueva vida. Haré lo que debí haber hecho hace muchos años.

Gracias por todo, Diana. Pronto tendrás noticias mías. Te lo prometo.

Guardó el cuaderno y el bolígrafo en su sitio y, emocionada, volvió a dirigir la mirada al paisaje verde, ahora oscuro por la nocturnidad. Verde esperanza.

Porky fue despertado por uno de sus más potentes ronquidos, desorientado y satisfecho, en el justo momento en que el autobús entraba en los andenes de la Gloucester Green Coach Station, estación de autobuses de la ciudad de Oxford.

—El tractor no debía de ir a excesiva velocidad. Y más teniendo en cuenta que circulaba a la altura del número 5 de la calle Granito, un camino por aquella época sin asfaltar y en el límite de una zona residencial bastante tranquila. El vehículo era tan ancho que ocupaba parte del sentido contrario, obligando a los demás automóviles, motos y bicicletas a apartarse de su camino hasta que a trompicones conseguía pasar. El conductor del mastodonte daba por sentado que el resto de ocupantes del camino iba a tener cuidado con él.

El juez Callejo echó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y sacó un paquete de tabaco, pero recordó que ya no estaba permitido fumar en recintos públicos, así que lo lanzó sobre la mesa. No dejaba de prestar atención a las palabras cansadas de la mujer. Tampoco pasó por alto que el doctor Grau lo estaba apuntando todo en sus folios perfectamente alineados.

—Pero aquella tarde, mi niña de seis años, que jugaba a tirar

la pelota contra una pared y saltar sobre ella cuando volvía, tenía otras cosas en la cabeza. Es posible que la pelota se le escapara en el momento del rebote y saliera disparada. O quizá el conductor estaba encendiendo una cerilla en ese preciso instante. O puede que aquella tarde de octubre, entre un viento típicamente otoñal, solo fuera una chiquilla distraída más. En cualquier caso, Amelia no vio acercarse al tractor cuando corrió a recoger su pelota. Oyera o no la bocina, está claro que no le dio tiempo a reaccionar.

Doña Violeta miraba fijamente a los ojos de Callejo mientras narraba la muerte de su hija, lo cual pareció casi heroico al juez, dadas las circunstancias.

»Según contaron los testigos, el hombre giró el volante, pisó el freno con fuerza, y detuvo el vehículo generando una violenta nube de polvo en el camino. Pero fue inútil. Un fuerte impacto se escuchó y se sintió en la parte frontal del chasis. A Rafael y a mí nos sorprendieron los gritos de los vecinos, así que nos precipitamos fuera de la casa, donde encontramos a Amelia tendida en el suelo sobre un charco de sangre. Estaba inconsciente, pero aún tenía pulso. Rafael la metió en el coche y la trasladamos al sanatorio de la Virgen del Carmen de Torrelavega, a más de treinta minutos desde Ámbar hacia el interior. Allí fue donde finalmente murió.

—Vaya, lamento la tragedia.

Violeta asintió como respuesta al sincero pésame del juez, pero su mirada lo fulminaba dándole a entender que la idea de la citación no era del todo de su agrado.

—El luto duró demasiado tiempo. Familiares y amigos de todos los rincones de España vinieron a visitarnos durante los meses siguientes para ayudarnos con la casa y el cuidado de las niñas, que por aquel entonces eran aún dos bebés. Mi marido,

que ya gozaba de un buen puesto de médico en la clínica, no pudo contener la pesadumbre que le torturaba por dentro. En casa, si alguien se acercaba a echarle una mano con el fregado de los platos, por ejemplo, se sentaba en la primera silla que encontraba y empezaba a sollozar como un chiquillo. Le creció una barba horrible, adelgazó más de diez kilos, y las bolsas de los ojos se le hincharon de tanto llorar.

»Lo peor de todo era cuando la hermana pequeña de Amelia, Verónica, se le acercaba suplicándole atención. Rafael apenas podía mirar a los ojos de su propia hija, pues cuando lo hacía, era como si viese en sus pupilas el vacío dejado por lo más amado y que había perdido por un estúpido descuido.

—Entiendo —asintió el juez.

—Lorena, la menor de las tres y que todavía vivía entre potitos y gorgoteos, tampoco ayudaba. Era como si para Rafael ni siquiera existiera. Podría decirse que el cuidado y atención de Verónica y Lorena durante sus primeros años de vida fue un trabajo exclusivamente mío. Él estaba demasiado ocupado combatiendo contra sus propios fantasmas. Transcurrieron los años y la cosa no mejoraba. Su comportamiento diario dependía de su estado de ánimo: si le apetecía quedarse toda la mañana en la cama, lo hacía; si no le apetecía ir a la clínica, no iba y punto. La profunda depresión en la que había caído estuvo a punto de costarle su puesto de trabajo. En una cosa sí era constante: fuera la hora que fuera, hiciera lo que hiciera, siempre encontrabas a Rafael observando por la ventana hacia el 5 de la calle Granito.

Violeta hizo una pausa mirando al vacío.

—Vale. Continúe, por favor. ¿Qué ocurrió luego?

—Mi exmarido dio un giro de ciento ochenta grados a su problema —apuntó la anciana—: se refugió en su profesión.

Callejo arqueó las cejas y se inclinó hacia adelante, demostrando máxima atención.

—Pasó la mayor parte del matrimonio encerrado en sí mismo. Era un hombre serio y apuesto, en mi opinión con cierto parecido a Robert De Niro, pero estaba demasiado anclado en la tragedia de Amelia y perdió la conexión con el mundo. Solo era capaz de centrarse en su trabajo en el hospital, de manera casi obsesiva, hecho que le sirvió para llegar a ser considerado el mejor. Creo que pensaba que cuanto mejor hiciera su trabajo, menos niñas como Amelia fallecerían en un hospital. Durante esos años especialmente infelices, alternaba los quirófanos con las barras de los bares, y llegó a convertirse en algo parecido al último hielo de uno de sus vasos de Bourbon: el más frío de todos, que se mantiene vivo cuando los demás ya se han derretido y acaba dañándote los dientes si finalmente lo masticas. Los pocos ratos que pasaba en casa los invertía en fumar y beber. Muchas noches me despertaba y Rafael no estaba en su lado de la cama. Entonces me acercaba de puntillas a la cocina, donde lo encontraba sentado a la mesa con las luces apagadas. Intenté por todos los medios ayudarlo, pero no podía acceder a él. No podía, y ya está. Podía rogarle y suplicarle. Incluso vestirme con el más sensual picardías y sugerirle una buena noche de sexo, y... ¿sabe lo que ocurre cuando tienes la sensación de que no está sucediendo absolutamente nada? Pues eso era exactamente lo que pasaba. La cocina era su templo y la noche su guardián. Con un vaso de *whisky*, un paquete de cigarrillos, un mechero y un cenicero, pasaba las horas solo en la oscuridad.

—¿Fue esa la causa de su divorcio? —inquirió el juez.

—Creo que llegó a odiarme, sinceramente —comentó la mujer con un ligero movimiento de hombros—. Inconscientemente

me culpaba por no haber prestado más atención a Amelia aquel día, esas cosas se notan.

Callejo pensó que en ese momento era fácil encogerse de hombros para Violeta, pero por aquel entonces debió de suponer una pesadilla para todos los miembros de la familia.

—Nos divorciamos finalmente en 1981. No fue una decisión fácil, y no solo para mí, sino también para las niñas. Verónica, en concreto, era adolescente y no lo llegó a entender. Era una niña muy particular, ¿sabe? Por alguna razón que siempre le agradeceré, mostraba un cariño especial por su padre, a pesar de los incesantes desprecios que recibía de él.

—Si no me equivoco, usted se casó poco después con el que era alcalde de Ámbar en esos años. —El juez carraspeó, consciente de que estaba tocando un tema delicado—. ¿Cómo afectó eso al doctor Salas y la relación con su hija?

—Preferiría no hablar sobre mi segundo matrimonio, si no le importa —rechistó la mujer, molesta.

—Lo entiendo.

—Sin embargo sí contestaré a su pregunta: se hicieron extrañamente inseparables. Quiero decir, ya no vivían en la misma casa, pero puede que esa fuera la razón por la que se llevaran tan bien. Verónica ya era adulta y Lorena se había marchado a estudiar a Londres. Creo que Verónica se sentía sola, y necesitaba recuperar la figura paterna de alguna manera. Aquel milagro fue maravilloso. Rafael volvió a sonreír y dejó de beber. Conmigo seguía siendo la persona cascarrabias y desagradable de la que me separé, pero no me importaba. De alguna manera, todo parecía estar bien. Y más aún cuando, unos años después, Verónica tuvo un retoño con su recién estrenado marido, Alfonso. —La anciana dibujó en el aire el gesto de la cruz con su mano diestra, en señal de respeto por

su recién fallecido yerno, y después continuó como si nada—. Al abandonar el hospital tras el parto, Alfonso y Verónica fueron directamente a la casa de Rafael, donde le entregaron al pequeño Óliver. Rafael lo estrechó entre sus brazos y acunó con ternura al bebé que acababa de entrar en su hogar, supongo que recordando a nuestra desaparecida Amelia. Cuando sus ojos se encontraron, el rostro arrugado de Rafael se iluminó, como si sintiera el resplandor que una vez irradió su propia hija. Agarró con fuerza al niño y no lo volvió a soltar jamás.

—Tengo entendido que lo tiene como a su niño mimado —apuntó Callejo.

—Lo quiere con locura. —La mujer sonrió con aire orgulloso—. Con locura —repitió—. Esa es exactamente la palabra.

El juez pasó de hoja y, considerando que se estaban alargando demasiado en el tiempo, decidió ir al grano cuestionando a la mujer por su *opinión al respecto*.

—¿Al respecto de qué?

—La semana pasada su yerno falleció, dejando un segundo bebé en camino. Hasta ese día, tanto la familia como la doctora que llevaba el caso vivieron engañados por su exmarido, haciendo creer a todos que la que se moría era su hija.

Hizo una pausa.

—Bien, me gustaría saber su opinión —añadió con firmeza.

—Con todo mi respeto, señoría, estoy aquí para hablar de Rafael, no para opinar.

—Pero usted no participó en la denuncia que puso su hija contra él.

—Exacto, no lo hice —replicó la mujer con cierta chulería.

El juez se tomó unos segundos para pensar su siguiente pregunta.

—Al menos respóndame a esto: ¿cuál cree que fue la razón

por la cual intercambió de forma ilegal los diagnósticos?

Violeta no llegó a responder, no obstante, pues una nueva voz irrumpió por primera vez en la conversación. El doctor Grau había levantado la vista de sus papeles para interrumpir el interrogatorio con una voz rasgada y hueca, como si estuviera hablando hacia una silla vacía:

—¿Le sorprendió a usted la fechoría de su exmarido?

La mujer, sorprendida, balbuceó.

—Quiero decir —matizó el médico con un tono rugoso de voz—, ¿le parece que Rafael Salas sea una persona que actúe de una manera impulsiva, sin atender a las posibles consecuencias, y poniendo en riesgo tanto su reputación como su vida familiar? Al fin y al cabo, usted es la persona que más tiempo ha vivido con él, y por tanto, la que mejor lo conoce.

—Sss... no. Bueno, ¡no sabría decirles!

El galeno había logrado acorralar a la mujer, que se mostraba ahora nerviosa e insegura.

—Entienda, Doña Violeta, que necesitamos estar seguros antes de tomar una decisión. Cualquier mínimo detalle será de utilidad —insistió él, implacable.

El doctor Grau golpeaba la mesa con la punta del bolígrafo mientras hablaba, acción que irritaba sobremanera al juez. Violeta, por su parte, había pasado a respirar a mayor velocidad.

—Rafael es una persona difícil e imprevisible, de eso no hay duda. Es imposible saber lo que pasa por su cabeza —dijo.

—¿Cree que volvería a hacer lo que hizo? —fue la siguiente pregunta del doctor.

La mujer no iba a dudar en esta ocasión.

—Rotundamente, sí.

Grau buscó a Callejo con la mirada por primera vez en toda la tarde, y ambos supieron enseguida lo que iba a pasar a

continuación.

—Por mi parte, creo que podemos dar por finalizada la citación —dijo el primero, y se puso en pie—. La decisión está clara.

José Miguel Callejo asintió con la cabeza y añadió un *alea jacta est* en un lacónico susurro que se perdió entre el sonido de las sillas que se alejaban de la mesa.

Martes 7 de noviembre de 2006

La mañana del 7 de noviembre había comenzado con fuertes ráfagas de viento, y Violeta tuvo que agarrar el volante con firmeza para mantener el automóvil en el interior del carril. A los veinte minutos de trayecto, internó el viejo Volvo en un estrecho camino de barro que ascendía por la colina. Cuando se topó con la puerta de hierro, detuvo el coche y apagó el motor. Descendió y caminó hasta la verja. El doctor Salas había hecho lo propio y ya se encontraba allí, observando con atención los innumerables candados y cerraduras.

—Aquí es —dijo ella—. Ya hemos llegado.

Frente a ellos se alzaba una única construcción, de paredes de piedra, y grande. Tan grande como un castillo o un palacio. Vista desde cerca, la tapia era altísima. Y la verja, vieja y oxidada, estaba desprovista de timbres y campanas.

—¿No dices nada? —insistió Violeta.

—Púdrete —se limitó a contestar él, lacerante.

El anciano curioseaba entre los barrotes. Ella, luchando por tragarse las lágrimas, dio media vuelta y observó el paisaje. Estaban orientados hacia el sur, lo que significaba que Ámbar,

así como el mar, se encontraban al otro lado de la colina. Desde esa altura, la sierra cántabra se plantaba formando un muro que separaba la costa de la meseta, y se extendía de oriente a occidente como un telón de piedra inexpugnable. La mujer se sintió como en el fin del mundo.

En el interior del recinto, más allá de las verjas, un individuo se acercó desde el final de un camino que terminaba en la entrada de un enorme edificio. Cuando llegó a la verja, insertó una llave de hierro tan grande como una de las cerraduras y, a pesar de que el anciano se aferraba a los barrotes como un niño que no quiere ir a la escuela, la puerta se abrió. Un estridente chirrido erizó la piel de Violeta. Se acercó a su exmarido y lo besó en la mejilla, acompañando el gesto con un «estarás bien». Él apartó el rostro con inapropiada brusquedad y permitió que el hombre de las llaves atrapara su brazo y lo arrastrara hacia el interior. Solo volvió la cabeza para echar un último vistazo al interior del Volvo. En el asiento trasero, un chaval de diez años lo observaba todo con los ojos abiertos en forma de balón de fútbol. Cruzaron sus miradas durante un instante. No hizo falta ningún gesto de despedida. La verja volvió a cerrarse y los dos hombres desaparecieron tras la puerta del edificio principal. Entonces, Violeta volvió a arrancar el motor del coche y lo dejó deslizar, sin prisa, pendiente abajo.

Capítulo 2

—Ahora que estamos al aire libre, disfrutando de este día tan estupendo, hablemos de cosas serias.

—Proponga un tema, pues.

—Por ejemplo: la familia que tiene ahí fuera, Morgan, ¿es de las de musical?

—¿A qué se refiere, doctor?

—Ya sabe, una de las que te hacen bailar sin querer, hasta en pijama. De las de subirte encima de la mesa y cantar *You can't leave your hat on* mientras te desatas el cinturón. De que el perro dé la patita y abrir una botella de vino para celebrarlo, porque, ¡qué coño, solo se vive una vez! Convertir el champú en un micrófono y el plato de ducha en tu estudio de grabación. Ver esa película jodidamente triste mientras sonríes, porque hasta ese momento siempre la dejabas a medias pensando que *demasiado deprimente es mi vida como para ver dramas*. Ese tipo de familias. Familias de musical. Como la que yo desperdicié.

—¡Vaya! Está usted como una cabra, ¿sabe?

—Si tenemos en cuenta dónde estamos, puede que eso sea una ventaja.

Martes 5 de marzo de 2002

—¡Fíjate *mate*, el parque! —exclamó, dirigiéndose a Ms.Tallent con un inglés muy castellano. «Mate» consistía una de las pocas palabras coloquiales en el idioma anglosajón que había logrado interiorizar en todos esos meses—. ¡Qué extraño! Con el buen día que hace, tan soleado, debería de estar abarrotado de gente tomando el sol o jugando a fútbol.

—No es tan extraño. Es día de labor y aún es temprano. Dentro de unas horas esto tendrá un aspecto muy diferente —pronosticó la nativa con aire ausente.

—¡Aprovechémoslo! Todavía me queda un rato hasta que salga el autobús, y no querría regresar a casa habiendo desperdiciado un último juego. Venga, ¡saca el frisbee y juguemos un poco!

Sin aguardar respuesta, *Brunet*, que así era como Ms.Tallent llamaba cariñosamente a su pareja, se internó en el césped. La británica se encogió de hombros y fue tras sus pasos. Era agradable estar al aire libre en un día como ese, puede que una señal del preludio de la primavera.

Brunet había dejado la maleta donde podía vigilarla y ya tenía el frisbee en las manos. Durante los siguientes minutos, el parque universitario de Oxford fue testigo del bonito baile de dos amantes que se negaban a decirse adiós, jugando a un deporte cuya diversión habían descubierto a lo largo de los últimos meses. El sueño de Tallent culminaría pronto, y todas las mágicas veladas vividas desde que Brunet llegara a la ciudad, a mediados de septiembre, iban a pasar a ser agrídulces recuerdos. La aventura había llegado a su fin; apenas quedaba una hora y media para que tomara un autobús con dirección

a Gatwick, Londres, donde le esperaba un enorme avión con destino a España.

—Volvamos al camino, anda. Ya ha pasado media hora y no quiero que pierdas el autobús por mi culpa.

Tras sus palabras de mal agorera, Tallent vio cómo el disco de plástico caía en las manos de su Brunet, quien, acto seguido, lo proyectó con rabia contra la hierba seca. La tristeza en sus ojos, percibió, se había tornado extrema. Hasta aquel momento había mantenido la compostura, como si se hubiera prometido no llorar ni convertir la despedida en un drama. Pero, ¿acaso el significado de «drama» no iba implícito en las despedidas? Pudo sentir cómo esos oscuros ojos españoles que tanto la habían seducido en su día, se humedecían. Tallent sabía de la fortaleza de su amante, mucho mayor que la suya. Lo que ocurría era que habían temido ese funesto día desde que se conocieron, y no podía ser de otro modo, pues su romance había sido realmente hermoso.

—No, *Mate* —replicó Brunet, y lo repitió con más firmeza—: ¡No! Juguemos un poco más, por favor.

Recuperó el disco del césped y lo lanzó de nuevo con fuerza, como si con ello pudiera detener el tiempo.

—¡Venga, ahora lánzamelos! —gritó con los ojos húmedos, y echó a correr.

La británica obedeció y corrió detrás. Jugaron como si hubieran pactado saborear cada segundo. Y así se adentraron en una zona arbolada. Llegado un punto en el que a la nativa le costaba mantener una respiración constante, suplicó una tregua. Su *contrincante*, no obstante, no se la concedió. Rieron a carcajadas ante sus chiflados últimos minutos en Oxford, habían empezado a sudar. Entonces, atrapada en un éxtasis de amor desesperado que iba y volvía con cada lanzamiento

de frisbee, Ms.Tallent pisó sobre terreno inestable y perdió el equilibrio. Cayó al suelo entre gemidos. Un dolor punzante invadió su tobillo derecho, y se multiplicó cuando, al intentar reincorporarse, apoyó la planta del pie sobre la superficie. Al analizar el terreno, descubrió que había tropezado con una vieja raíz que asomaba escondida entre dos montículos.

El tobillo cedió y volvió a caer. Dolió aún más.

Los siguientes minutos fueron extraños, y desde ese día constituirían una bruma imperfecta entre los recuerdos de Tallent.

Brunet telefoneó a una ambulancia. A pesar de su paupérrimo nivel de inglés, consiguió que los sanitarios acudieran al parque en unos pocos minutos que a la doliente se le hicieron eternos.

Todo sucedió despacio. Mientras tres hombres la levantaban de los brazos y las piernas para acomodarla sobre una camilla, Tallent trató de alargar el brazo para abrazar a su amor, mas no consiguió moverse. El suplicio era insoportable. Lo había entendido de inmediato, y mirando sus pupilas supo que Brunet también era consciente. No había solución: el autobús partiría en menos de una hora y no le iba a dar tiempo a acompañarla al hospital. Irremediablemente eran sus últimos segundos juntos. Dolor, dolor...

Entonces fue transportada hacia el interior de una ambulancia y las lágrimas brotaron sin control. Las compuertas del vehículo se cerraron a sus pies y todo fue invadido por la penumbra. Sabía que, tal y como era la vida, no volverían a verse. El motor arrancó y Ms.Tallent sintió un punzante daño en el pecho, de sobra más intenso que el padecido en el tobillo.

Martes 7 de noviembre de 2006

El doctor Rodolfo Grau echó un vistazo rápido a los papeles que el auxiliar de enfermería acababa de depositar sobre su mesa. Todo parecía estar en regla, el formulario oficial de Don Rafael Salas era correcto. Decidió que más tarde leería los informes con atención, así que los guardó en el cajón superior de la mesa y gritó al aire: «¡adelante!»

Observó al doctor Salas cuando este entró en su despacho. No aparentaba tener más de sesenta y cinco años, y se sorprendió al comprobar que su talante distaba mucho del de cualquier tarado, imagen que a Grau se le había formado en la cabeza tras el testimonio de su exmujer, Violeta. Si bien es cierto que su pelo era blanco y despeinado, dos profundos ojos negros resaltaban en la cara inquisitivos, como constatando quién mandaba. Tenía más aspecto de actor de cine que de médico: tronco fuerte y robusto, manos gruesas, un Rolex de oro en su muñeca izquierda, y andares rectos que denotaban complejo de superioridad. Grau reprimió una sonrisa al recordar la comparación que Violeta había hecho entre su excónyuge y Robert De Niro: había dado en el clavo, tan solo le faltaba el característico lunar que el actor lucía en su mejilla derecha. Lo que más lo sorprendió, no obstante, fue el elegante vestuario con el que había decidido presentarse en su despacho: traje gris de corte italiano, corbata azul intenso combinada con gusto, y brillantes zapatos negros. «Demasiado peripuesto para este centro —pensó Grau—. ¿Dónde se cree que viene?»

—Por favor, Salas, pase y siéntese —le invitó cordial.

El exmédico, mostrando un gesto agrio que no parecía pretender disimular, se acercó a la mesa con determinación, se

alisó los faldones de la chaqueta con las manos, y se sentó frente al director del centro con el busto erguido. Había pensado Grau que quizá notaría algún signo de tristeza o ansiedad en su rostro, pero no fue así. Su mirada era indiferente y distante.

—¿Eres Rodolfo Grau? —se adelantó a preguntar el recién llegado.

—Doctor Grau —le corrigió el otro con voz áspera—. Así es.

El director se quedó observando la expresión del anciano, como esperando algún intento de reacción por su parte. No la obtuvo.

—Dígame, Rafael, ¿sabe por qué está aquí?

—Doctor Salas —apuntó el aludido con maldad.

Grau rio entre dientes, pues no esperaba verse obligado a mantener un duelo de poder con su nuevo inquilino.

—Usted ya no es médico —replicó con incuestionable certeza—. En cualquier caso, Salas, ¿sabe qué hace en este centro?

—Trabajos sociales.

—Pero, ¿por qué motivo?

—Creo que lo sabes perfectamente.

—Quiero escucharlo de sus propias palabras —insistió Grau, cansado de lo escueto de las respuestas.

—Está bien, *Rodolfo*, cooperaré contigo —dijo Salas, remarcando el nombre propio. El nombrado apretó los dientes, pero se armó de paciencia y esperó—. Estoy aquí porque mi hija me denunció —confesó Rafael con talante gélido.

—¿Por qué? ¿Qué hizo? —inquirió Grau, aunque conocía bien la respuesta.

—La mentí.

—¿Sobre qué?

El antiguo médico resopló y agitó los brazos en son de

reproche.

—¿Es esto necesario? —protestó—. Dime cuál será mi trabajo aquí, y, sobre todo, ¡por Dios!, asígneme una habitación digna. Deseo ducharme.

—Enseguida —prometió el director con la sonrisa cansada de alguien respetable que se ve obligado a tratar con idiotas—. Pero antes, sigamos hablando. ¿Por qué tomó la decisión de mentir sobre la enfermedad de su yerno? La probabilidad de éxito era inmensamente remota.

—Y aun así funcionó.

—Bueno, usted está aquí, yo no diría que funcionara —dijo Grau, y después dejó escapar una risa burlona.

—¿Qué importa eso? Funcionó, y punto. —El doctor Salas dejó caer su espalda sobre el respaldo de la silla y sonrió orgulloso.

—Es usted un genio —reconoció el director de repente.

—¿Cómo dices? —El alabado volvió a reclinarse hacia delante, siempre con exagerada vitalidad—. No, no, el mérito no fue mío.

El entrevistador tecleó en su ordenador, como improvisando, unas palabras sobre un bloc de notas: «arrogancia», «sarcasmo», «humildad». Hizo una pausa al darse cuenta de la incongruencia de su análisis, y regresó a la conversación.

—¿De quién iba a ser el mérito de su maléfica idea, sino? —quiso saber, haciendo que sonara como una pregunta trampa.

—No quiero responder a esa pregunta.

—¿Dónde nació usted? —cambió de pronto de tema el de más autoridad.

—Marsella, Francia. Aunque por accidente. Mis padres eran de Ámbar, al igual que lo sería yo si mi querida madre, que en paz descansa, no se hubiera puesto de parto en mitad de un

viaje de placer. He pasado en Ámbar toda mi vida.

—Hábleme de su exmujer, Violeta.

—Que te jodan.

Grau alzó las cejas asombrado y continuó como si nada.

—Hábleme pues de Sara Mora, su antigua aprendiz.

—¡Que te jodan de nuevo! —repitió, esta vez señalando a Grau con el dedo.

El director juntó sus manos entrelazando los dedos y se apoyó sobre la mesa.

—Le ruego que se calme, Salas —dijo pausadamente—. Yo soy su compañero aquí dentro, no su enemigo.

El anciano miró en silencio hacia un costado.

—Cambiamos de tema. —El mandamás decidió probar suerte por otro lado—: tengo entendido que fue usted un mago de la cirugía neuronal. Una eminencia.

—En efecto, Rodolfo, tú lo has dicho. Era el mejor —respondió, esta vez sacando pecho.

—Doctor Salas, no puedo evitar fijarme en que se empeña en tutearme —apuntó Grau, cambiando el tono de voz con la intención de recuperar las riendas de la conversación.

—Así es.

—¿Puedo saber por qué? Soy el director de este centro, y como tal, aquí absolutamente todo el mundo me trata de usted.

—Puede que seas quien manda en este sitio, pero a niveles de conocimiento médico, Rodolfo, no me llegas ni a la suela de los zapatos —dijo con recochineo—. Yo soy la eminencia, tú mismo lo has dicho —añadió, y le lanzó un guiño juguetón. Después rio hasta el extremo, echando la cabeza hacia atrás, y el director se vio obligado a imitarle, con algo más de prudencia, pues lo cierto es que lo había dejado sin habla. Aquel viejo no tenía nada de tonto.

Una vez ambos recuperaron la compostura, Rodolfo Grau se incorporó y se dirigió a la puerta del despacho.

—Hay algo, Salas, que quisiera dejarle muy claro. Esto es un centro psiquiátrico, o, como nos gusta llamarlo ahora, un sanatorio mental. Apenas cruce esta puerta de nuevo entrará usted en un mundo ingrato y desagradable —advirtió.

—Ya lo sé. Tengo que cumplir mi condena y pagar por mis pecados, sean cuales sean —protestó, más que afirmó, el anciano—. Haré lo que se me mande con los enfermos y aguardaré con paciencia hasta el día de mi liberación. Si hubiera podido escoger —añadió irónico—, habría reservado habitación en el hotel Ritz de Madrid, y no aquí.

Ignorando su sarcasmo, Grau abrió la puerta y apoyó el brazo derecho sobre el hombro de Rafael, instándole a caminar.

—Tenga cuidado con los muchachos. Aquí las normas son muy estrictas, ya lo verá, porque ciertos enfermos son peligrosos. Si alguno de ellos es agorafóbico y no puede salir al exterior del recinto, por ejemplo, no toleramos que nadie, por ridiculizarle, lo empuje a rastras hacia la calle. En esos casos imponemos unos castigos muy severos.

—Haces muy bien, Rodolfo. Parece que empezamos a entendernos.

—Hay reclusos —insistió el director del sanatorio mental— que sufren distintos grados de esquizofrenias. Por ejemplo, los hay que creen ser personas que no son, e incluso tenemos alguno que solamente interactúa con seres creados en su propio cerebro.

—Lo tendré en cuenta, director —asintió Salas.

—¿Cuento, pues, con su aprobación?

—Así es.

Grau acompañó a la nueva incorporación a su habitación a

través de los tristes pasillos del centro. Allí, se despidió de él:

—Dentro encontrará ropa de aseo, un pijama, sábanas y almohada. Le veré mañana, cuando le presente a los chicos —dijo, y lo invitó a entrar con un movimiento de brazo. Después, cerró la puerta de un portazo seco y se alejó por el corredor.

Rafael Salas se quedó mirando durante un buen rato la puerta que acababa de cerrarse. Se encontraba solo en la que sería su habitación durante las siguientes semanas.

Desanudó la corbata y la posó sobre el colchón de la cama, aún sin hacer. Entendió que tenía muchas razones para desazonarse. Él estaba allí para atender a los enfermos. No en sus tratamientos, pues esa no era su especialidad, pero sí en primeros auxilios, sanar heridas, poner escayolas o, en el caso más indeseado, puede que limpiar los excrementos y orines de los más discapacitados. Lo que más le angustiaba era el escenario siniestro en el que debía sobrevivir de ahora en adelante. Toda la vida había sido entrenado para abrir cerebros humanos y arreglarlos, pero era incapaz de tratar con personas mentalmente inválidas. No era un hombre valiente en presencia de locos, y mucho menos buen sanitario. Con todo ello, a partir de ahora tendría que convivir entre una multitud de individuos cuyos tumores no estaban en la superficie cerebral, sino en sus mismísimas profundidades: seres cojos de alma e instinto, en cuya palabra no se podía confiar, pues ellos mismos vivían en un mundo irreal. De todos sus casos, este iba a ser el más terrible, pues habría que adentrarse (e intentar comprender) en una especie de mundo paralelo que resumía el subsuelo

de la humanidad, el estiércol de la sociedad y el fracaso de la evolución. Y aun así, se dijo a sí mismo, tenía que sentirse agradecido por ser un anciano, factor que impidió que ingresara en prisión.

Después de algunos incalculables minutos de divagación, el doctor Salas oyó cómo alguien golpeaba la puerta con los nudillos de manera insistente. Le sorprendió, pues no esperaba visita en su primer día. «Será de nuevo el doctor Grau, que quiere presentarme a alguien», intentó adivinar.

Tras la puerta, el exmédico encontró a un hombre negro de menuda estatura y mirada vivaz. Llevaba el pelo a lo afro, aunque no muy largo, y una impoluta bata blanca delataba su ocupación en el centro: era uno de los doctores. El hombrecito de color le estrechó la mano con una radiante sonrisa que le ocupaba media cara.

—¿Es usted el nuevo? —quiso saber con pegadizo buen humor.

—El mismo. Y usted es... —respondió Rafael, y se inclinó hacia el pecho del recién llegado para leer la etiqueta que llevaba en la bata—. Saúl, curioso nombre.

—Saúl Morgan —confirmó la visita—. Un auténtico placer. Es el doctor Salas, ¿no es así?

El nombrado hizo un chasquido con la boca y apoyó la mano sobre el brazo de Saúl.

—Sí, pero usted puede llamarme Yayo.

Solo había transcurrido una noche desde que pisara Oxford, y Sara Mora ya se arrepentía de su decisión de alojarse con una familia de acogida.

La primera impresión había sido buena. No tardó en encontrar el camino que la llevó desde la estación de autobuses hasta la casa que le habían asignado los de la agencia. Tras un agradable paseo por la larguísima Banbury Road (avenida que atravesaba la ciudad de norte a sur), había llegado al 48 de Victoria Road, hogar de los Connor. La calle no era larga, y sí puramente residencial: ni comercios, ni cajeros, ni oficinas; solo bonitos dúplex adosados con tejados acabados en pico, que a Sara se le antojaron muy *british style*. El entusiasmo de la joven fue en crecimiento hasta que llamó al timbre y fue recibida por su nueva familia. La experiencia más kafkiana empezaría al atravesar el umbral de esa puerta.

Un chaval de doce años que se presentó como Nick fue el encargado de darle la bienvenida y enseñarle la casa, pues sus padres (o, como Sara sabría más tarde, su madre y su padrastro), habían salido. La joven, cuyo nivel de inglés había ido oxidándose con el tiempo a causa del desuso, apenas entendía una palabra de lo que el niño le iba explicando. Más que pronunciar las palabras, ¡las escupía!

El dormitorio que le habían asignado en el piso de arriba no estaba del todo mal; era amplio y razonablemente limpio. Pero el cuarto de baño... «¡Ay, mi madre!», exclamó Sara cuando entró esa noche para darse una ducha. Tampoco es que esperara un aseo de veinte metros cuadrados, pero desde luego que fue una sorpresa descubrir que tres arañas de patas finas y alargadas, de esas que parecen surgir de la nada, colgaban del techo por encima de la ducha. A Sara casi le dio un síncope cuando tuvo que enjabonarse bajo tal repulsiva compañía.

Tras el problema de las arañas, conocer al resto de la familia fue menos traumático. La madre de Nick (y dueña de la casa) era una extraña cuarentona llamada Claire. Llevaba el pelo

alborotado, solía expresarse a gritos con el resto de la familia y cada vez que le crispaban los nervios se le hinchaba la vena del cuello. Su lado más humano, por otro lado, salía a la superficie cuando hablaba, gruñía o jugaba con *Rolly*. El pequeño chucho de los Connor tenía como principal entretenimiento lamer los cubiertos y los platos sucios del lavavajillas.

Si la compañía de las arañas y el perro-estropajo supusieron inesperados obstáculos en su objetivo por mantenerse limpia y sana, el verdadero surrealismo llegaría entrada la noche. La joven se disponía a subir las escaleras hacia su nuevo dormitorio, cuando oyó unos extraños sonidos agudos y huecos, como si provinieran de una caverna, al otro lado de la puerta del salón. Nick, que pasaba por allí, trató de explicarle entre cautos susurros que al otro lado de la puerta se encontraba Kurt en medio de una de sus oraciones. Por lo visto, el nuevo marido de su madre seguía las pautas del budismo a rajatabla. Iba a reuniones semanalmente y aseguraba ser menos violento si recitaba sus particulares cantos todos los días. «Es un buen hombre, ahora que tiene a Buda», explicó el chaval ante la atónita mirada de Sara.

—¿A qué se dedica? —intentó vocalizar ella en el mejor inglés que pudo.

—*Forensic* —fue la escueta respuesta de Nick, y, sin más, se dio la vuelta y se fue.

Era la primera vez que Sara escuchaba esa palabra, pero no fue necesario buscar en el diccionario para conocer su evidente significado. Aquel hombre ya le ponía la piel de gallina, y eso que todavía no lo había visto en persona.

Pensaba Sara en cómo solucionar el grave problema de las arañas mientras salía a la calle la mañana del martes con la intención de dar un paseo por el centro. Vaqueros, botas de

cuero y una fina chaqueta marrón del mismo material eran suficientes para aquel día soleado. A pesar del buen clima, se sentía apesadumbrada. Ahora que estaba allí, no sabía por dónde empezar. O, más bien, puede que no se atreviera a hacer lo que debía hacer. Y su nueva *host family* no invitaba al optimismo de cara a los siguientes días.

Corrió la cremallera de la chaqueta hasta la mitad y deshizo el recorrido del día anterior por Banbury Road. De camino se dio de bruces con el Museo de Historia Natural, por lo que aprovechó para entretenerse viendo huesos de dinosaurio y animales disecados. Después se internó en el *downtown*, donde quedó fascinada con la Radcliffe Camera, colosal edificio circular construido en el siglo XVIII como una biblioteca científica. Nada más rodearlo encontró la iglesia St.Mary, desde cuya torre observó encantada la ciudad en su totalidad.

Sara había leído que al pie de St.Mary habían abierto una cafetería, y el estómago le estaba empezando a rugir. Pidió un delicioso *muffin*^[5] de chocolate y un cappuccino. Se sentó sobre una zona de césped habilitada frente a la iglesia y dirigió la cara hacia el sol para sentir el reconfortante calor en la piel.

Dos universitarios que charlaban, también en la hierba, se le quedaron mirando. Le hacían sentir incómoda. El más pequeño de los dos, un rubio lleno de pecas y con cara de niño malo, rompió el hielo con un petulante *heeeey sweetie...*^[6] La foránea, ruborizada, miró hacia otro lado, y como no dejaba de sentir los traviesos ojos de aquel chulo penetrando su nuca, giró su cuerpo y les dio la espalda.

Pero Sara iba a descubrir la testarudez de las nuevas generaciones inglesas. El otro hombre, que se había limitado a presenciar el cortejo de su amigo con diversión, se acercó y pidió permiso para sentarse, demostrando estar varios niveles

de galantería por encima de su colega.

—¿Te puedo invitar a otro café, preciosa? Tienes la impresión de estar falta de compañía —dijo, con un inglés tan perfecto que incluso Sara entendió cada palabra sin problema.

Que el chico era guapo era una evidencia. Y había dado en el clavo respecto a ella: andaba sin acompañante. Odiaba estar así. Si su madre estuviera allí, removería mares y tierras con tal de que aceptara el ofrecimiento del varón inglés, y poder así ver a su única hija agarrada del brazo de un hombre. Pero Sara no tenía intención de complacer a su progenitora. No quería hombres en su vida; ni el inglés de acento perfecto ni ningún otro.

Balbuceó algo en un patético inglés intentando indicar que declinaba la oferta. Acto seguido dio un último sorbo de café y se esfumó de allí, hasta que, avergonzada, perdió de vista a los dos chicos. Tomó la Catte Street, de tránsito universitario, y el presentimiento de que alguien la estaba siguiendo le invadió de súbito. Como producto de un acto reflejo, volvió la cabeza con disimulo para examinar el entorno, y comprobó que los dos ingleses seguían en su puesto, sentados sobre la hierba de la St.Mary y mofándose de sus asuntos. Pero Sara, convencida de ser víctima de una de sus últimas paranoias, aún sentía los ojos de alguien sobre su nuca. Al pasar por debajo del particular Puente de los Suspiros (denominado así por su indiscutible parecido con su homónimo veneciano), se internó en un callejón con la esperanza de despistar a su observador, si es que este existía en realidad.

El histórico St.Helen's Passage no era un callejón cualquiera. De poco más de un metro de ancho, no lo alcanzaban los rayos del sol. Sus muros de ladrillo rojo serpenteaban bajo una luz anaranjada procedente de un par de farolillos, lo que lo hubiera

convertido en un paseo digno de pesadilla de no ser porque, en una de las paredes de la entrada, un cartel seducía a los más cerveceros con el siguiente texto: «THE FAMOUS TURF TAVERN. AN EDUCATION IN INTOXICATION».

Lo que Sara encontró al llegar al final del pasaje hizo que se le dibujara una sonrisa en la cara y borrara de su mente a su perseguidor. Una pintoresca casita de tejados bajos, datada en el siglo XIII y encajonada entre edificios antiguos, hacía de *pub*. En su parte delantera había un pequeño patio con un encanto maravilloso, en cuyas mesas y bancos de madera disfrutaban los clientes de cervezas de elaboración propia y algunos platos con comida para picar. Sara se fijó en que la pared exterior estaba decorada con carteles de pizarra donde los visitantes más ilustres del Turf habían sido dibujados con tiza. Chuck Berry, Elisabeth Taylor y Bill Clinton fueron tres de las celebridades que más llamaron la atención a la doctora.

No quedaban mesas libres fuera, así que entró en el local y se dejó invadir por su atmósfera británica de épocas pasadas. Reconfortada por el olor a barniz y la tenue iluminación, se acercó a un rincón de la barra que se encontraba desocupado y pidió una pinta y un plato combinado de carne con guarnición de brócoli y puré de patata. No estaba especialmente sabroso, pero la joven no dejó ni una miga sobre el plato.

Lo que Sara Mora no esperaba era que el placentero almuerzo iba a ser interrumpido.

Había transcurrido menos de media hora desde que llegara al *pub*, y el número de comensales se había duplicado. Eran sobre las doce y media del mediodía, y tanto lugareños como turistas empezaban a salir de sus casas para disfrutar del soleado martes. Sara miró a su alrededor para hacer una fotografía mental del magnífico aspecto que ofrecía el interior del local, cuando se

vio obligada a detener la inspección en un punto que llamó su atención. Tuvo que mirar fijamente para asegurarse de que sus ojos no la traicionaban.

«No puede ser...», pensó con espanto, más que susurró, pues no fue capaz de generar ni un hilo de voz.

Entre la multitud, junto a la puerta principal, un hombre de mediana edad, espigado y tan alto que casi se daba con la cabeza en el marco de la puerta, la observaba por encima del resto de clientes con inusual atención. Las miradas de ambos se cruzaron, y entonces ella pudo detectar una ligera sonrisa en su rostro. Se levantó del taburete al ver que él se acercaba, pero pronto asumió que no tenía por dónde escapar. Por un costado la barra la cercaba, y había demasiada gente a su alrededor para esfumarse en pocos segundos. ¿Qué diablos podía hacer? Cuando el perseguidor estuvo más cerca y lo observó de arriba abajo, a Sara comenzó a faltarle el aire. Tenía que tratarse de una alucinación.

«Charly...», se repetía mentalmente mientras luchaba por vencer el pánico.

La jarra de cerveza salió despedida debido a un involuntario espaviento que dio la joven al intentar escapar, y se estrelló contra el suelo de madera del Turf Tavern.

[Lee la novela completa aquí](#)